DE OMNI RE SCIBILI

(PISTO EPISTOLAR)

Fulanita, Menganita, Zutano, Perencejo, etc., etcétera:

. . . . . .

¿Prólogo, prefación, atrio, pórtico, peristilo ó zaguán de ajena pluma ó de almocafre ajeno?... ¡En mis días!

Como el herrero de Arganda, mi obra yo me la fuello, yo me la macho y yo me la llevo al mercado.

De omni re scibili... et quibusdam aliis. La orgullosa divisa de Pico de la Mirándola, completada irónicamente siglos más tarde por el amable Voltaire (quien recordó acaso el título de un escrito del señor de la Torre de Juan Abad), sírve-

me para bautizar este introito, porque en los parrafejos siguientes me lanzo á desflorar, con ingénita gallardía, lo humano, lo divino y *ainda mais*.

Pude también, vistiéndome la clámide airosa de Pedancio (que tanto gusto suele dar á los señores), plagiar á mi grande y buen amigo Arturo el remoquete con que nos dió á conocer uno de sus hijos: *Parerga y Paralipómena;* pues las vagas y ligeras vaciedades, condimento y tropezones de la menestra que tengo la comodidad de serviros, no son, en efecto, más que adiciones, aclaraciones, escolios ó como quiera llamárseles, de los escritos que este libraco encierra.

Para guisotear mi bodrio me limitaré á entresacar del copiador de cartas algunas oraciones que nunca imaginé *viesen la luz pública,* pero que reflejando, siquiera sea en segmentos, mi modo de pensar sobre asuntos varios, ahórranme el trabajo de ponerme,—seriote y grave,—á redactar un *Epítome* ó á escribir mis *Confesiones*.

***

Con verdadero rubor, con rubor del auténtico, he leído, querido Victoriano, su amabilísima car-

ta; y, como la chulapa de la zarzuelilla, no he podido menos de tararear *in petto:*

«¡Jesús, Dios Santo,
no es para tanto!»

¿Que cuándo pariré los otros engendros de que tengo *preñada la mente*?

Mísero forzado, sometido á la dura penca del inhumano arráez que tiene por apodo *Negocio*,—como el triste cautivo que

«amarrado á un duro banco
de una galera turquesca,
ambas manos en el remo
y ambos ojos en la tierra»,

ve agotarse su vivir en un trabajo de máquina, anhelando más cada día verse libre y perdiendo con cada nuevo sol una esperanza,—sueño lograr alguna vez enfrascarme en mis aficiones, y temo no conseguirlo nunca.

En artículos de periódico y en cartas particulares deposito de higos á brevas obrillas en estado de canuto, embriones de libros...

***

«No es posible llegar á la verdad sino desprendiéndose de todas las opiniones recibidas por tradición.» Algo así me parece que enseñó Descartes y me parece que enseñó una gran cosa.

Sí, majestuoso é imponente H...: llamadme en buena hora *iconoclasta*—(¡qué ansia teníais de introducir la palabreja!)—porque me importan un rábano todos los chirimbolos tradicionales que os traen á maltraer (religiones, leyes, usos y costumbres), pero no os refociléis con la ilusioncilla de catequizarme. ¡Ay!, soy un pecador empedernido y no habrá quién me saque de mi trote: el escepticismo como punto de partida, el criticismo como sistema... y acaso, acaso, llegue por ahí al dogmatismo de Roma ó á cualquiera otro.

***

Opinas—(¿pero tú te permites opinar?)—que no hay en mis escritos cosa nueva, que quiero componerme un sayo flamante con arambeles y andrajos, que pretendo servir suculento ágape con manidos relieves de ajenas cocinas, en suma, que sigo en esto de discurrir y en lo de emborronar papel el sistema italiano *di voler far le nozze coi fichi secchi?*

¡Oh, terrícola ignaro!

¿Crees tú, menguado de ti, que haya todavía quién acuñe ideas *legítimas?*

Afirmaba un bohemio que en Madrid no existen más que cien pesetas, las cuales hoy están en manos de uno y mañana en las de otro, circulando *raudas* y contribuyendo á que la gente se forje la ilusión de que hay mucho dinero...

Con las ideas sucede algo análogo: en realidad no existen más que un par de docenas. Son las que yo llamaría ideas-cifras. Pero como los diez guarismos de la numeración arábiga, sirven para formar infinitas combinaciones... y resolver *la mar* de problemas.

***

«Perdona,
Manolo,
que no lo
sabía»...

Te doy mi palabra que ignoraba hubieses caído del lado de la Iglesia y que mis *disparates* (¡gracias!) pudiesen *herir tus convicciones*. ¡Y recordar que rasgueabas con bastante salero la guita-

rra y que en nuestras mocedades—(que ni las del Cid),—eras todo un punto para cualquier juerguecita!

Tu homilía me trae á la memoria las celebérrimas coplas del P. Claret, de felice recordación: «Jóvenes que vais bailando,—al infierno vais saltando». Y porque sin duda no lo sabes no me has espetado aquello de:

«La razón, tanto se encumbra,
tan locamente camina,
que ya no es luz que ilumina
sino hoguera que deslumbra».

Claro es que, aunque me lo hubieses dicho, yo, erre que erre: racionalista.

Quienes—¡oh, manes de Calomarde!—sucumbimos aliquando á la funesta manía de pensar, solemos tener la satánica soberbia de no comulgar con ruedas de molino.

Créeme,

«si hay un Dios tras esa altura
por donde los astros van»

es cosa no muy bien averiguada; sobre todo tratándose del Dios casi antropomorfo de Ripalda, Astete & Co. Limited, unas veces benigno y misericordioso, y otras ceñudo, vengativo, implacable...

***

Donde el poder establécese sobre la fuerza como base, el castigo no se mide por la gravedad de la culpa en sí misma, sino por el poder soberano, por el derecho supremo del ofendido. En diversas islas de Oceanía, entre los dulces Taitianos como entre los feroces naturales de Fidjí, en las monarquihuelas de África como en los magnos imperios de Oriente, la más ligera ofensa, voluntaria ó involuntaria, hacia el jefe ó rey se castiga en el acto con la pena de muerte.

Entre nosotros el ciudadano que en la calle da un empellón al prójimo, expónese á escuchar algo depresivo para su familia y tal vez á recibir un soplamocos de cuello vuelto; mas si, metafóricamente hablando, pisásemos un callo al Padre Eterno, dada la omnipotencia de S. D. M. y guardando la debida proporción, no escaparíamos con una condenilla cualquiera á garrote vil, sino que iríamos á las galeras infernales *per sæcula sæcutorum, Amén.* Y si esto no es distribuir la justi-

cia con equidad y aseo vengan desde Minos hasta Magnaud, *le bon juge*, y lo digan.

***

Bravo sistema el de educar almas como quien amaestra perros: con la alternativa del pan ó el palo.

Bravo sistema ese de amargarnos el vivir haciéndonos creer que á nuestro legítimo anhelo de borrar los dolores del mundo ó á la pasiva conformidad con esos dolores, corresponden matemáticamente el freirse sin interrupción en las calderas de Pero Botero ó el gozar la suprema dicha (un poco bobalicona y monótona, tal vez) de contemplar, por los siglos de los siglos, el plácido semblante de un buen viejo calvo y con toda la barba; ó, expresándome de un modo más *fino:* la condenación eterna y la eterna bienaventuranza, adornadas de todas las sutilezas teológicas.

Mira, ponte la mano en el corazón, admitiendo que todavía uses ese artefacto, y dime si no es la mayor de las infamias, si no es un crimen monstruoso haber engañado á centenares de generaciones, á millones de millones de almas, predicándoles, con fines de tiranía y de esquilmo,

resignación y humildad, adormeciéndoles con la falaz promesa de compensaciones ultraterrenales.....

La felicidad hay que buscarla aquí. Ya sé, ya sé que es dificilillo vislumbrarla siquiera.

***

En la penumbra del saloncito...

Veo á usted, peinada como las vírgenes de Botticelli, vistiendo blanco y vaporoso vestido; semejante á las extrañas creaciones de Frá Angélico, en los ojos de las cuales se concentra y brilla con intenso fulgor todo el vivir de un espíritu puro, mientras sus cuerpos desdibujados, de contornos de una vaguedad nebulosa, producen la impresión de lo impalpable; diciendo con suave unción, con tierna gravedad, palabras impregnadas de misteriosa melancolía: «Creo en Dios..... Mi fe y mi esperanza son firmes, sostienen mi alma que después de punzantes congojas se ha fortalecido, no vacila, *sabe* que al fin de la jornada está el premio para los buenos»...

Y sus labios, *Luz*, destilaban gota á gota conceptos humildes...

Y en mis labios trémulos atropellábanse y con-

fundíanse las vibraciones de mi crudo pensar y los efluvios de mi corazón henchido de amor *humano* á la humanidad... Y con lenguaje sordo y emocionado, yo decía que en mi pecho—(contemplando las miserias del mundo, la opresión del fuerte, la degradante hipocresía del débil, el feroz egoísmo de casi todos)—levántase un gemido de angustia, de compasión;

pero á veces también, con fiero empuje
se eleva, estalla, ruge
un grito de protesta y rebeldía,
. . . . . .
y maldigo y blasfemo...

Y su mirar límpido, serio, un poco asombrado, parecía contestarme:

«Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?»

Quien nos hubiera visto, aun sin escuchar el eco de nuestras voces, habría tal vez adivinado en la dulzura triste de la expresión de usted, en el tranquilo, armonioso, acompasado movimiento de sus labios, que repetía y glosaba la deprimente—¡perdóneme usted!—la *cobarde:* RESIGNACIÓN; en tanto que en mi frente sombría, en mi boca

crispada, habría leído un fragmento del redentor poema de la REBELIÓN, de la rebelión contra toda imposición dogmática, contra toda coacción externa, contra toda limitación al libre desenvolvimiento del individuo, según la ley que cada uno lleva consigo al nacer.

. . . . . .

Mi cerebro perezoso, poco ágil, mal dispuesto para las abstracciones, rumía pacientemente sus propias ideas hasta plasmarlas en imágenes concretas.

Así, recordando nuestra conversación de esta mañana, pienso—mientras rápido el tren se precipita sobre los raíles—que el espíritu de usted, espíritu *bien acomodado*, rico de ideas *acuñadas,* de las de *curso legal*, ha emprendido burguésmente el viaje de la vida en confortable *Pullman*, sabiendo de antemano el camino que ha de recorrer antes de llegar al término (término prefijado, pero envuelto en tinieblas), conociendo desde un principio quiénes serán sus compañeros; sin ver jamás sino á través de cristales empañados y de nubes de polvo, el panorama del mundo; bajando la cortinilla cuando un rayo de sol pretende penetrar al estrecho recinto del carro que huele á cripta con sus nichos superpuestos...

É imagino que mi espíritu vagabundo marcha solo á campo traviesa; abrasándose con los rayos del sol, sintiendo frío y hambre y sed; pero vibrante de alegría al nacer la aurora; desfallecido de emoción al morir la tarde; embriagado con el olor de la tierra húmeda, el aroma del heno, el perfume de las flores; musitando el poema de la vida con el acompañamiento, ya piano y dulcísimo del ruiseñor y el arroyuelo, ya en crescendo majestuoso del vendaval que pulsa el arpa gigante de la selva, ya fortísimo y sublime de la catarata que se desploma rugiente y del trueno que rebrama rodando fragoroso en los espacios; alimentándose con los frutos que encuentra en su camino, sin inquirir si tienen propietario; pagando una limosna de amor con mucho más amor; ignorando si mañana amanecerá muerto, muerto para siempre, desgarradas sus entrañas por buitres y lobos en la negrura de espantable sima, ó durmiendo en blando lecho de pétalos de violetas y jazmines plácido sueño, preludio de inefable despertar...

Y pienso que si al término del viaje, ese término envuelto en nieblas, existe la Ciudad Ideal, también yo podría llegar á ella; y pienso que si no existe, el viaje de usted en *Pullman*, en la cárcel de las ideas hechas, en el ataúd de los pre-

juicios, habrá sido un triste y lamentable viaje.

Y pienso muchas cosas más; y rumío muchas veces mis propios pensamientos.

. . . . . .

***

. . . . . .

¡Somos tan distintos! La triple raíz de la moral (estética-lógica-afectiva) chupa unos jugos en su alma y otros muy diferentes en la mía.

En usted las convicciones religiosas, bien cimentadas, álzanse con la rigidez de una catedral cuya flecha mira constantemente al cielo.

En mí el espíritu, alimentado por informe conjunto de opiniones mal definidas y á veces contradictorias, parece un globo cautivo que unen al suelo apretada red de prejuicios atávicos y los arpones de la razón, pero que expuesto á los embates de todas las corrientes puede cualquier día, sacudido por una racha de sentimientos huracanados, romper las amarras y emancipándose al fin apoderarse del espacio, penetrar en la región de lo desconocido, acaso *más allá del bien y del mal,* en el resplandeciente misterio cuya sola idea nos sacude con el escalofrío de un terror voluptuoso... ó caer desgarrado en nauseabundos fangales.

Para usted la moral ha cristalizado definitivamente en el Decálogo: para mí la moral, como todo, cambia, se perfecciona, siguiendo la ley de la evolución.

A usted su anhelo de justicia, ante las iniquidades del mundo, llévale á creer en otra vida; ideal región de compensaciones, donde el bien logre su premio y el mal se castigue.

Yo, que no concibo claramente un existir extrahumano, ansío poner en este mundo el reino de la justicia.

Me pidió usted que le refiriese las etapas de mi emigración desde la ortodoxia católica al campo de mi seudofilosofía... No vale la pena.

A pesar de un arrechucho místico con veleidades monásticas que padecí en la eflorescencia de la pubertad, es lo cierto que nunca fuí *un creyente*. Como me enseñaron de niño á no poner los codos en la mesa y á no mascar á dos carrillos, á caer en guardia y á parar un *coupé-dégagé*, así aprendí á santiguarme y á doblar la rodilla en el momento de alzarse la hostia... Fué para mí la religión asunto de *buenas maneras*, de urbanidad, sin que pasase de la superficie, sin romper la cáscara, sin penetrar hasta la almendra.—El encanto sensual de la liturgia romana—

casullas deslumbrantes de oro y pedrería, flores, música, incienso—me causaba deleite físico, positiva embriaguez.

La doctrina del amor, de la piedad, henchía de ternura mi pecho.

Pero la exaltación de la miseria fisiológica, el afán de romper los resortes de la energía humana, el desprecio de la belleza, de la fuerza, de la salud, angustiábanme, parecíanme algo monstruoso, antinatural, insensato; y la idea de torturas *eternas* en castigo de *momentáneas* transgresiones de una ley inicua me llenaba de zozobra, me producía una sorda indignación inexplicable.

El problema de la responsabilidad, del libre arbitrio (antes de que yo supiera lo que esas palabras significan), se planteó en mi conciencia desde muy temprano... y entonces, probablemente, me separé, sin sospecharlo, *del seno de la Iglesia*.

Poco más ó menos hacíame el siguiente razonamiento: ¿Por qué *peca* el hombre? Por natural inclinación invencible; porque ignora el bien; porque conociéndolo y amándolo se siente incapaz de resistir á las pasiones que le arrastran; ó porque escoge el mal voluntariamente, deliberadamente, *libremente*. En los dos primeros casos no hay asomos de libertad y en el tercero la esclavitud